

mas cruel tal vez de cuantas habia experimentado, un ciudadano rico que deseaba ser diácono, le ofreció doscientas fanegas de trigo y ciento ochenta libras de oro, con la condicion de que le ordenase. «Tal auxilio, le dijo, seria muy al caso; mas yo no puedo recibir una ofrenda impura. El Señor, que multiplicó los panes en el desierto, alimentará á mis hermanos los pobres con tal que guardemos sus mandamientos.» Aquel mismo dia llegaron de Sicilia dos navios cargados de trigo.

El Dios de la misericordia, que al parecer se complacia en formar de su siervo un modelo el mas perfecto de esta virtud, le sujetó á otra prueba no menos amarga. Maltrató tan fuertemente las naves de la iglesia de Alejandria una tempestad violenta sobrevinida en el mar Adriático, que trece de ellas, las mas grandes y mas ricamente cargadas, perdieron cuanto traian. El Santo mismo con la resignacion y sentimientos propios de un Job, consoló á los que las tripulaban, y como á este, le dió tambien Dios dentro de breve tiempo el doble de lo que habia perdido. Por esta escuadra poderosa, asi como tambien por la suma de cuatro mil cuatro libras de oro que halló el Santo en el tesoro episcopal al tiempo de su elevacion, puede calcularse cuáles serian las riquezas de la iglesia de Alejandria. Esta reflexion hace verosímiles sus liberalidades inmensas, y justifica su conducta en aquella parte en que parece opuesta á las reglas ordinarias. Remitió al abad Modesto mil sacos de trigo y otros mil de legumbres, mil fardos de pescado seco, mil toneles de vino, mil trabajadores de Egipto, igual número de piezas de oro y de libras de hierro para reparar las iglesias de Palestina. Aparentó en sus dones algunas veces cierta prodigalidad y poco discernimiento, para ofrecer de este modo ejemplos mayores de desinterés y generosidad.

Se dirigia un dia á los hospitales á visitar los enfermos, como lo acostumbraba dos ó tres veces en la semana; acercóse á él un estrangero mal vestido, y le rogó que se compadeciese de un pobre cautivo. Ordenó al limosnero que le diese seis monedas de plata; y el pobre se alejó, trocó el traje, y volvió por otra calle á pedir de nuevo limosna. Mandó entonces el patriarca que se le diesen seis monedas de oro; obedeció el limosnero, pero dijo al oido al Santo que ya le habia dado dos veces; el Santo aparentó no oírle, cuando hé aquí que se presenta el pobre por tercera vez; llama entonces el limosnero con dulzura la atencion del prelado, para advertirle que era el mismo pobre de antes; mas el varon de Dios le contestó con sumo agrado: «Enhorabuena, dadle ahora doce monedas de oro, porque tal vez será Jesucristo, que pide con el fin de probarme.» Dió de limosna en otra ocasion diez monedas de poco valor, y el que las recibió prorumpió en invectivas con una insolencia desenfrenada: quisieron castigarle conforme merecia, mas el patriarca por el contrario reprendió severamente á sus ministros, y ordenó que le presentasen la bolsa que estaba llena de aquella especie de moneda para que tomase lo que le viniese en gana.

En medio de esta liberalidad que rayaba en magnificencia y profusion, vivia en una estrema pobreza. Era humilde y malo su lecho, con un cobertor de lana y muy roto. Uno de los principales de Alejandria le regaló uno que habia costado treinta y seis piezas de plata, suplicándole que se sirviese de él por amor al bienhechor. La idea de haberse gastado para su comodidad treinta y seis piezas de plata, con las que se hubiera podido socorrer á muchos necesitados, le atormentó toda la noche. No cesó su fantasia de presentarle todos los géneros de miseria que él juzgó poderse

haber remediado con este dinero, tanto que no pudo pegar los ojos; y asi muy de mañana mandó vender el cobertor para repartir su precio á los pobres. Rescátóle el ciudadano que se le habia regalado y volvió á enviársele. Vendióle el tierno pastor por segunda y tercera vez, diciendo en fin al rico piadoso por cuya mano siempre le habia recibido: «veremos quién de los dos se cansará primero.» Jamás consintió que le tratasen mejor que al mas desgraciado de los pobres.

Poseia todas las virtudes con igual perfeccion que el amor á los pobres; el cuidado de los muertos y el de hacerles celebrar colectas, esto es, misas; el horror á la herejía y á todos los vicios reinantes, la moderacion, la dulzura, el perdon de las injurias y el poco apego á la vida. Mas nosotros cuidamos principalmente de dar á conocer el carácter que la divina misericordia tuvo á bien señalar de un modo particular en un Santo; que fué en la tierra una de las imágenes mas vivas del Dios de la caridad.

Este espíritu de bondad y de sensibilidad le animaba hasta en las reprensiones que su celo le obligaba á dar á su pueblo. Observando un dia que muchos salian de la iglesia despues de la lectura del Evangelio, marchóse él tambien y corrió á sentarse entre ellos. Causóles esto mucha sorpresa, y él les dijo: «hijos míos, adonde van las ovejas debe ir el pastor: por vosotros asisto á la iglesia, pues para mí yo pudiera celebrar la misa en mi palacio.» Estas expresiones claramente atestiguan, no solo la antigüedad de las misas privadas, atestiguada con otros muchos hechos, sino tambien el que los obispos tenian ya entonces oratorios ó capillas domésticas.

San Juan el Limosnero amaba tiernamente á los solitarios, y nada le agradaba tanto como su compañía. Sin embargo, no se entregaba á ellos con ciega confianza,

antes recelaba que bajo la regularidad y austeridad de las costumbres ocultasen la adhesion á su propio sentido y tuviesen máximas contrarias á la simplicidad de la fé. Con ninguno de ellos se franqueó tanto como con Juan Mosco y con el docto Sofronio, ilustres uno y otro por las victorias que consiguieron de los hereges severianos, de cuya seduccion tuvieron la gloria de librar á muchos monasterios y pueblos enteros. Permanecia tan firme en este artículo el santo patriarca, á pesar de su natural condescendencia, que encargaba á todas sus ovejas que se negasen á comunicar con estos sectarios, aun cuando toda la vida tuviesen que estar privados de la comunión cristiana, esto es, del egercicio público de la Religion; «á la manera, decia, de un marido separado largo tiempo de su esposa, á quien sin embargo no es permitido casarse con otra.»

Juan Mosco, muy estimado de San Juan el Limosnero por su ciencia y celo contra los restos de la herejía eutiquiana, habia abrazado el estado monástico en el célebre monasterio de San Teodosio en Palestina (1). Sofronio, tambien monge, natural de Damasco, profesaba amistad á Mosco desde antes de renunciar al siglo (2). Las irrupciones asoladoras de los bárbaros en Oriente, les obligaron con frecuencia á mudar de domicilio y recorrieron sucesivamente las lauras mas famosas de Siria, Arabia y Egipto. Una irrupcion de bárbaros en esta última provincia dispersó al fin hasta los tan célebres solitarios de Sceta; mas Sofronio y Mosco hallaron todavia algunos que les causaron la mayor admiracion al referirles las grandes virtudes que allí se acostumbraba practicar. Era tal especialmente su desinterés y su pobreza evangélica, que

(1) Prolog. in Prat. Spir.

(2) Bolland. die 11 Mart.

necesitando de un poco de vinagre para uno de los hermanos que estaba enfermo, no se halló en ninguna de las cuatro lauras, que contenian como unos tres mil quinientos solitarios. No quedaron menos edificadas en el pais de Antinoó, en la Tebaida, cerca de Alejandría. En una palabra, la vida cenobítica y eremítica se conservaban en el mismo fervor que tenia dos siglos antes.

Desde Egipto Juan Mosco pasó á la isla de Chipre, y despues á la de Samos. Llegó hasta Roma acompañado de doce discípulos, de los cuales el mas famoso fué Sofronio. Allí, con la relacion de los milagros y grandes ejemplos de virtud que habia presenciado en sus viajes, compuso la obra que intituló *Prado espiritual*, como que toda estaba sembrada de flores naturales y sobremanera diversas. En efecto, su estilo es variado y fluido, y cuenta con naturalidad los hechos conforme los sabe, dejando al lector el placer de reflexionar sobre ellos. En este libro todo respira una piedad tierna, por cuyo motivo se han hecho en estos últimos tiempos varias traducciones y compendios, que suprimen con razon una multitud de circunstancias poco conformes con nuestras costumbres. Deberian no obstante haberse pasado en silencio algunas otras cosas por razones de mas interés, ó presentarlas á lo menos segun están en el original, en vez de mezclar adiciones y reflexiones, tan opuestas algunas veces á la sencillez del autor como al respeto siempre constante que profesó á la doctrina y disciplina universal de la Iglesia.

Refiere Juan Mosco, que cerca de Apamea en Siria, unos muchachos que guardaban el ganado se entretenian representando el santo sacrificio de la misa: uno de ellos que sabia las palabras de la oblacon, hizo el oficio de preste, y otros dos el de diáconos. A esto añade de su cabeza el traductor

que aquellos muchachos sabian estas oraciones porque los sacerdotes pronunciaban en algunas partes en voz alta las palabras de la consagracion. ¿A qué fin alterar así el testo, no menos que el resto de la historia, dispuesta en la traduccion de un modo capaz de persuadir á los sencillos de que la sola pronunciacion de las palabras de la consagracion puede producir su efecto independientemente del carácter sacerdotal? Colocando estos muchachos, continúa, el pan sobre una piedra que servia de altar, y el vino en un vaso que hacia de cáliz, hicieron todas las ceremonias de la Iglesia; mas antes de partir el pan, descendió un fuego del cielo que devoró el altar y la víctima. Si ha habido necesidad de suprimir del *Prado Espiritual* algunas historias, sin duda debió principiarse por estas bagatelitas cuya puerilidad es el menor de sus inconvenientes. Pero por otra parte no dejan de brillar en este libro pruebas concluyentes de la fé y de la disciplina. Lo que refiere Juan Mosco como acontecido cerca de Egipta en Cilicia, manifiesta de un modo demostrativo su creencia en órden á la presencia real de Jesucristo en el Sacramento del altar. Dice que en ese lugar un fiel ortodoxo rogó á un severiano que le mandase la Eucaristia de su comunión, y el herege lo realizó con mucho gusto porque juzgaba haberle atraído á su secta. El católico echó esta hostia en una caldera hirviendo, y al instante se deshizo. Luego puso otra de su comunión, y conservándose entera enfrió el agua sin haberse siquiera hu medecido. Añade, que un tal Isidoro, de la misma secta, enfurecido de que su muger hubiese recibido el pan de vida de los católicos, cogiéndola por la garganta la obligó á arrojar la santa forma y la echó en el lodo, de donde la arrebató un relámpago. Al cabo de dos dias se le presentó un etiope cubierto de andrajos, y le dijo:

«Yo soy el sacrilego que hirió al Hijo de Dios en el rostro, y tú acabas de cometer el mismo delito que yo.» Convirtiósese Isidoro y trabajó en expiar su pecado, consagrándose á la vida monástica que profesó santamente todo el resto de su vida.

En cuanto á la disciplina nos enseña Mosco que los griegos administraban entonces el bautismo como le administran en el dia, haciendo muchas unciones en forma de cruz antes y despues de la esencia del sacramento, no solo en la frente sino tambien en las orejas, en las espaldas, en el pecho, en los pies y en las manos. Habla con este motivo de un santo monge de Palestina, que siendo sacerdote y teniendo el encargo de bautizar, jamás se resolvió á hacer estas unciones con las mugeres. Poco tiempo despues de escribir su *Prado Espiritual*, murió en Roma Juan Mosco en opinion de Santo, en cuyo concepto se le tiene. Al morir dejó su libro á Sofronio, el mas amado y distinguido de sus discípulos, á quien se le habia dedicado; circunstancia por la que muchos antiguos le reputan produccion de Sofronio, si bien es muy verosímil tuviese mucha parte en la composicion de esta obra.

Murió en 3 de diciembre del año 618 el Santo Papa *Deus-dedit*, que es el primer Pontífice de quien se tienen Bulas con sello de plomo. Permaneció mas de un año vacante la Cátedra de San Pedro, y se cree que su sucesor Bonifacio V no ascendió á ella hasta el 25 de diciembre del año 619. Por este tiempo murió San Juan el Limosnero y murió como habia vivido, ejercitando la caridad y el desprendimiento personal de todas las cosas. Tuvo que estar ausente de Alejandría algun tiempo, á causa del terror que allí infundian los persas. Su amigo el patricio Nicetas, de cuya piedad hemos hecho mencion, le obligó, escitando su celo, á pasar á Constantinopla. Al llegar á

Rodas tuvo el santo obispo revelacion de su próxima muerte, y dijo al patricio: «vos me conducís al emperador de la tierra, mas el Emperador del cielo me llama para sí.» Dióle cuenta de la revelacion que habia tenido y le dejó, volviendo á la isla de Chipre y retirándose á la ciudad de Amatunta de donde era natural. Al punto formó su testamento concebido en estos términos: «os doy gracias, Dios mio, porque me habeis hecho pobre satisfaciendo mis deseos, y por que tan solo me resta la tercera parte de un sueldo, sin embargo de haber encontrado en el Erario al tiempo de mi institucion episcopal muchos millares de libras de oro, sin contar las sumas inmensas que he recibido de vuestros siervos. Por tanto, es mi voluntad que este pequeño resto sea igualmente distribuido de la misma manera y sin demora (1).» A poco tiempo murió, y le enterraron entre los cuerpos de dos obispos, los cuales y á vista de todos se apartaron el uno del otro para hacerle lugar. Así lo afirman los historiadores de su vida, sus contemporáneos, obispos y doctores célebres, que le atribuyen otros muchos milagros. Ocupó la Silla de Alejandría diez años, y fué su sucesor un tal Jorge, patriarca católico, autor de una vida de San Juan Crisóstomo; pero desde ese tiempo apenas encontramos mas noticias de esta iglesia.

El Papa Bonifacio V escribió á Eduino, rey de Nortumberland, el mas poderoso entonces de los siete soberanos entre quienes estaba repartida la Inglaterra, exhortándole á abrazar el cristianismo. Este príncipe habia casado con Edelburga, hermana de Ebaldo ó Etheobaldo, rey de Kent, que ya era cristiana como la mayor parte de los príncipes vecinos, y le habia prometido que permitiria á su esposa y á toda su comitiva el libre ejercicio de su religion, y que él tam-

(1) Bolland. Tom. 2, pag. 515.

bien la abrazaría si después de haberla examinado con madurez la encontrase la más santa y la más digna del Ser Supremo. El Papa escribió también á la reina con el mismo objeto, acompañando regalos como enviados de parte de San Pedro, á quien llama protector de los ingleses. Para el rey enviaba una túnica guarnecida de oro y un manto, y para la reina un espejo de plata y un peine de marfil guarnecido también de oro; mas Bonifacio, arrebatado de la muerte en el mismo año 625 á 22 de octubre, no tuvo el gusto de ver los efectos de su celo. Cinco días después Honorio, hijo del cónsul Petronio, fué exaltado al Sólito pontificio y le ocupó cerca de trece años.

En su tiempo se realizaron al fin las esperanzas que había dado el rey Eduino. Este príncipe mostró al principio mucha indiferencia en orden á la gracia de la salvación; mas sin embargo, permitió bautizar entre otras personas de distinción á la princesa Enfleda, que había tenido de la reina Edelburga, y fué la primera cristiana de la nación de los northumbrios. Mas habiendo estado á punto de morir á manos de un asesino, enviado al intento por el rey de los sajones occidentales, que solo consiguió herirle asesinando á dos de los suyos, acordó vengar en aquel príncipe pérfido una trama tan vil. Ofreció abandonar la idolatría y adorar á Jesucristo si lograba la victoria, y desde aquel punto se abstuvo de toda superstición.

Ganó la batalla, é hizo dar la muerte á cuantos habían conspirado contra su vida. Tomóse algún tiempo para que le instruyera el obispo Paulino, que había seguido á la princesa Edelburga en su viage desde el reino de Kent al de Nortumberland, y llegó á ser el primer arzobispo de York. Persuadióse por fin de la verdad del cristianismo, y movido de las reflexiones que le hizo Paulino, haciéndole ver una larga serie de

peligros y ventajas con que la Providencia se ostentaba en su favor del modo más visible, se postuló religiosamente á los pies del obispo, y pidió solamente el tiempo necesario para disponer á todos los principales de la nación á recibir con él el santo bautismo (1).

Coifi, que era el más de temer por ser el primer Pontífice de los idolátras, fué cabalmente el que trabajó con más ahínco y eficacia para secundar los buenos designios del rey. Era un hombre recto, á quien el espíritu de preocupación no había corrompido, y conocía mucho más á fondo la debilidad de su religión, porque practicándola con buena fé jamás había encontrado en ella ninguna de aquellas ventajas que sus primeros fundadores cacareaban. Comparándola con la doctrina santa y sólida que le anunciaban, logró la gracia de disipar las tinieblas de sus errores, y corrió en medio del día á vista de todo el pueblo á derribar los simulacros, indignándose de haberlos incensado durante tanto tiempo. Estimulados la corte y el pueblo con este ejemplo, marchaban en gran número á los rios, mientras se construían baptisterios para practicar la inmersión que aun estaba en uso. Tan solo en el territorio de Adregin, donde residia Paulino siguiendo á la corte, estuvo treinta días catequizando y bautizando sin intermision desde la mañana hasta la noche. Mostraron igual impaciencia que el pueblo de recibir el bautismo las personas más distinguidas por su nobleza y autoridad; contándose entre otros la Real familia que constaba de cuatro hijos, una hija y un nieto del rey.

La noticia de estos acontecimientos tan prósperos llegó al Papa Honorio poco después de haber sucedido á Bonifacio V, en 27 de octubre del año 625. Inmediatamente escribió á Eduino manifestándole su ale-

(1) V. Bed. lib. 2. hist. cap. 9.

gría, y animándole á la perseverancia. Envió al mismo tiempo el pálio á los metropolitanos de York y de Cantorberi, dando facultad á uno y otro para nombrarse sucesor sin necesidad de acudir á Roma con motivo de la distancia. Había ya muerto Justo, inmediato sucesor de Mélito, y Honorato nombrado en su lugar fué á buscar á San Paulino de York, que le consagró quinto obispo de Cantorberi después de San Agustín.

El rey Eduino no satisfecho con proteger á estos prelados, incitó también y logró que Erpvaldo, rey de Estangle ó de la Inglaterra oriental, volviese juntamente con todo su pueblo á la pureza de la fé de sus padres, desfigurada enteramente tiempo había con una mezcla monstruosa de supersticiones idolátricas. Fué muerto Erpvaldo poco después de su conversión, pero su hermano Sigeberto, que se había convertido al cristianismo en las Galias, subió al trono al cabo de dos años, y trabajó mucho para convertir enteramente á su pueblo. Ayudóle admirablemente en esta empresa el obispo Felix, nacido y ordenado en las Galias, quien estableció su Silla episcopal en Dumoc y logró que toda aquella provincia fuese sólidamente cristiana. Por su parte no limitó su celo el santo arzobispo de York al éxito de sus primeras empresas, sino que pasó el rio de Hambre, anunció el Evangelio en toda la estension de la orilla meridional hasta el mar; y en Lincoln, después de haber convertido á su gobernador mandó edificar una iglesia. Cogían admirables frutos los operarios evangélicos en medio de la tranquilidad profunda que reinaba en todas estas comarcas.

Florecieron de tal suerte bajo el cetro del rey Eduino la paz y el buen orden, que pasaron á proverbio. Comunmente se decía que una muger sin otra compañía que un niño al pecho podía atravesar con toda seguridad toda la Inglaterra del un mar al

otro (1). Mandó el rey atar vasos de cobre á las fuentes de los caminos públicos, y nadie osó quitarlos. Mas este digno monarca vivió solamente cuarenta y siete años: en 13 de octubre de 653, el diez y siete de su reinado, le mataron en la batalla contra Cadawallo, rey de Gales, que se había sublevado y logrado atraer á su partido á Penda, príncipe inglés de la nación mercaense. Penda era pagano, como todo su pueblo, y Cadawallo aunque cristiano de profesión solo atendía á su natural fiereza. Rayaba tan alto su odio contra todas las gentes inglesas, que se proponía exterminarlas de la Gran Bretaña sin respeto á la Religión cristiana que habían abrazado. Su triunfo fué la ruina de la naciente iglesia de Nortumberland; y obligado á huir el santo obispo Paulino, partió con la reina Edelburga, viuda de Eduino, al país de Kent. Permaneció en York un diácono llamado Santiago, para cuidar de los restos de esta iglesia, que consiguió salvar de una total ruina en tan espantoso desastre. Mejorados por fin los tiempos, estableció en ella la pompa magestuosa de los ritos y del canto romano.

Muerto Eduino dividióse al punto el reino de Nortumberland entre dos príncipes que fueron derrotados y muertos sucesivamente por Cadawallo: habían caído en la idolatría después de haber recibido el bautismo. Osualdo, digno sobrino de Eduino y hermano bien semejante á uno de estos dos príncipes á quien sucedió, buscó principalmente en su piedad la defensa del trono á que había llegado. Hallábase solo con un corto número de combatientes para hacer frente al ejército numeroso de Cadawallo (2). Levantó una cruz al frente de su campamento, y mandó repetir en todas

(1) Bed. lib. 2. hist. c. 16.

(2) Id. lib. 3. hist. c. 2.